

Ernesto Montenegro

La doble personalidad de Luis Durand



DURAND, Dupont son los apellidos más *foncièrement* franceses que pueda pedirse, y a pesar de eso o por lo mismo, Luis Durand llegó a ser el escritor chileno de su generación que logró connaturalizarse más espontáneamente con el espíritu criollo. De Mariano Latorre Court podría decirse algo parecido. Y el crítico literario más entusiasta del criollismo, Domingo Melfi, era de ascendencia italiana y nació en ese país. Se diría entonces que una mezcla de sangre extranjera resulta en ocasiones la fórmula más acertada para que nuestro temperamento algo apático se despierte del todo a la conciencia de su identidad con lo más genuino de la tierra natal. Eso sería, pues, la contrapartida al fenómeno inverso que se manifiesta en el criollo puro que vuelve de una residencia en el extranjero para descubrir en su patria un colorido y un relieve que antes muy raramente advirtió.

Luis Durand vió y paladeó con doble fruición cuanto de bueno fué hallando a su paso por los pueblos y campos de Chile. El interés y la simpatía que sintió por las gentes y las cosas nuestras lo vació en generosas proporciones en sus libros y en sus crónicas de diarios y revistas, y de allí pasó todo eso, por la virtud comuni-

cativa de la emoción sincera, a contagiar de simpatía y emoción al lector. Nombrar las obras de este autor es evocar de golpe la vida rural chilena con sus fiestas bulliciosas y frenéticas, los alardes de la bucólica, la frescura campestre de las muchachas provincianas, el acento fatalista, supersticioso y socarrón del huaso y el gañán medio vagabundo que pueblan los relatos del novelista. Sentir primero para hacer sentir; escribir con cariño para alcanzar más pronto hasta el corazón del lector: he ahí el sencillo y difícil secreto de su popularidad.

Dije poco más arriba que Luis Durand gustaba y paladeaba lo criollo con doble fruición, porque su temperamento era de esos que vuelven a sentir con mayor intensidad el sabor de la vida al revivirla durante el proceso de contarla en sus escritos. En su apariencia externa el hombre no dejaba traslucir esa alegría casi infantil que retozaba en el acento y el movimiento de sus historias. Su vocación de escritor debió provenir de la necesidad imperativa de emborracharse con algo para acallar esa tendencia a la cavilación y la melancolía que acecha siempre a las naturalezas tímidas y sentimentales. Y la palabra que destila gota a gota o en chorro repentino del cerebro enfebrecido, es sin duda el licor más potente que uno pudiera desear para sacarnos del estado de aplanamiento y encumbrarnos de repente a esos breves períodos de exaltación creadora.

Las naturalezas ensimismadas como la de Durand buscan en la expresión literaria un desahogo a su íntimo sentir. Cuanto se poseen los dones del poeta lírico, sus emociones levantan el vuelo desembozadamente. En otros casos, como en éste del novelista que ahora recordamos, su obra de narrador no alcanza siempre a lo más íntimo de su vida. Yo diría que para él todo el aliño pintoresco de la escena criolla no era más que una manera de distraer su pensamiento de otros cuidados y anhelos obsesores. En otros términos, Mercedes Urizar está más identificada con su ser y su sentir que su más celebrada novela *Frontera*. La engañosa apariencia retórica

pudo hacer que este hombre apareciese como un gozador de la vida, eufórico y despreocupado; pero lo que en realidad había en él era un hombre solitario, inmensamente necesitado, como tantos, de afecto y comprensión. Su cordialidad campechana en lo externo le hacía aparecer de pronto demasiado susceptible, y era porque no creía encontrar en los demás esa acogida cordial que él dispensaba a todo el mundo.

Mercedes Urizar sería pues la obra representativa del verdadero Luis Durand, igual que "Vino tinto" es el cuento que mejor expresa su seguro atisbo del carácter de nuestro pueblo. Aquella novela de su juventud representa una confesión, conforme ha de serlo siempre la obra auténtica de un escritor. El eterno enamorado, el enamorado del amor más que de una mujer determinada, significa en la galería novelesca de Durand la vuelta incesante de una obsesión, la fidelidad a un recuerdo, la resurrección de un viejo amor en otro nuevo. "I shall be faithful to you — in my fashion", según declaraba sin sombra de cinismo el malogrado Ernest Dobson.

En veinte y tantos años de sostenida labor, Luis Durand escribió una docena de novelas y de volúmenes de cuentos que abarcan un ancho escenario de la región sureña y cubren meticulosamente el campo de su experiencia como administrador de fundo en la región de Malleco. Nacido en el ambiente urbano de Traiguén, a la larga llega a compenetrarse en tal forma con las costumbres y la naturaleza campesina, que su mismo lenguaje espontáneo llegó a ser el del hombre de campo, y su pensamiento, igual que su expresión adquirió ese colorido natural. Como cualquier capataz de fundo que nombrara a su patrón extranjero de enrevesado apelativo, Durand llamaba Don Lisandro al hombre que él más quería y respetaba, el Presidente Alessandri. Y a sus amigos de confianza les significaba su afecto entrañable al saludarlos con un "¿Cómo te va, huacho culebra?"

Por una ironía del destino, Durand había de desmentir a cada paso lo rozagante de su figura con el recitado de achaques y

molestias de la salud, que él había aprendido por lo demás a disciplinar con una dedicación permanente al trabajo. Una segura intuición le llevó a descubrir que no hay mejor tratamiento para los males del cuerpo que el estimular el espíritu con el ejercicio de la imaginación creadora. Por otra parte, si los amigos de cuerpo presente no siempre responden a nuestra invitación a la camaradería, siempre queda el desquite de esos amigos invisibles pero a menudo más fieles que le forman al escritor una tertulia devota en todas partes: sus lectores habituales.

Y luego ahí están las criaturas que engendra su imaginación. Muchas de ellas llegan a ser más reales que las gentes de carne y hueso, hacen sufrir al novelista que cuenta sus angustias y descalabros, o le regocijan al salir triunfantes de las pruebas a que hubo de someterlos contra su voluntad. El autor va contando a través de esas vidas ficticias sus propias alegrías y sus penas secretas. Uno de los íntimos de Luis Durand, nos dice que en su novela inconclusa se han hallado cartas de amor tan efusivas y ardientes como en los mejores años del autor, y que hacen pensar si realmente llega a envejecer el corazón humano cuando el resto de su cuerpo se arrastra ya con trabajo por la pendiente.

Ha muerto un escritor que trabajó con fervoroso cariño en la celebración de las virtudes muy humanas de su pueblo; tuvo el don raro de una gracia comunicativa que le ganará todavía muchas voluntades, pues por ley de la vida, andando el tiempo, a todos se les paga en la misma moneda que acuñaron.